

ESTUDIOS MORALES

Ó SEA

EL DIARIO DE MI VIDA

POR

LUCIO V. MANSILLA

Avec une Préface de M. Maurice BARRÈS



G. RICHARD, IMPRIMEUR-ÉDITEUR

7, Rue Cadet, 7

PARIS

1502

1256

ESTUDIOS MORALES

de

EL DIARIO DE MI VIDA

por

JUAN Y MANUELA

Publicado por el Sr. M. MANUEL BARRERA



G. RICHA O. IMPRIMERIA EDITORIAL

San Carlos

1922

ESTUDIOS MORALES

Ó SEA

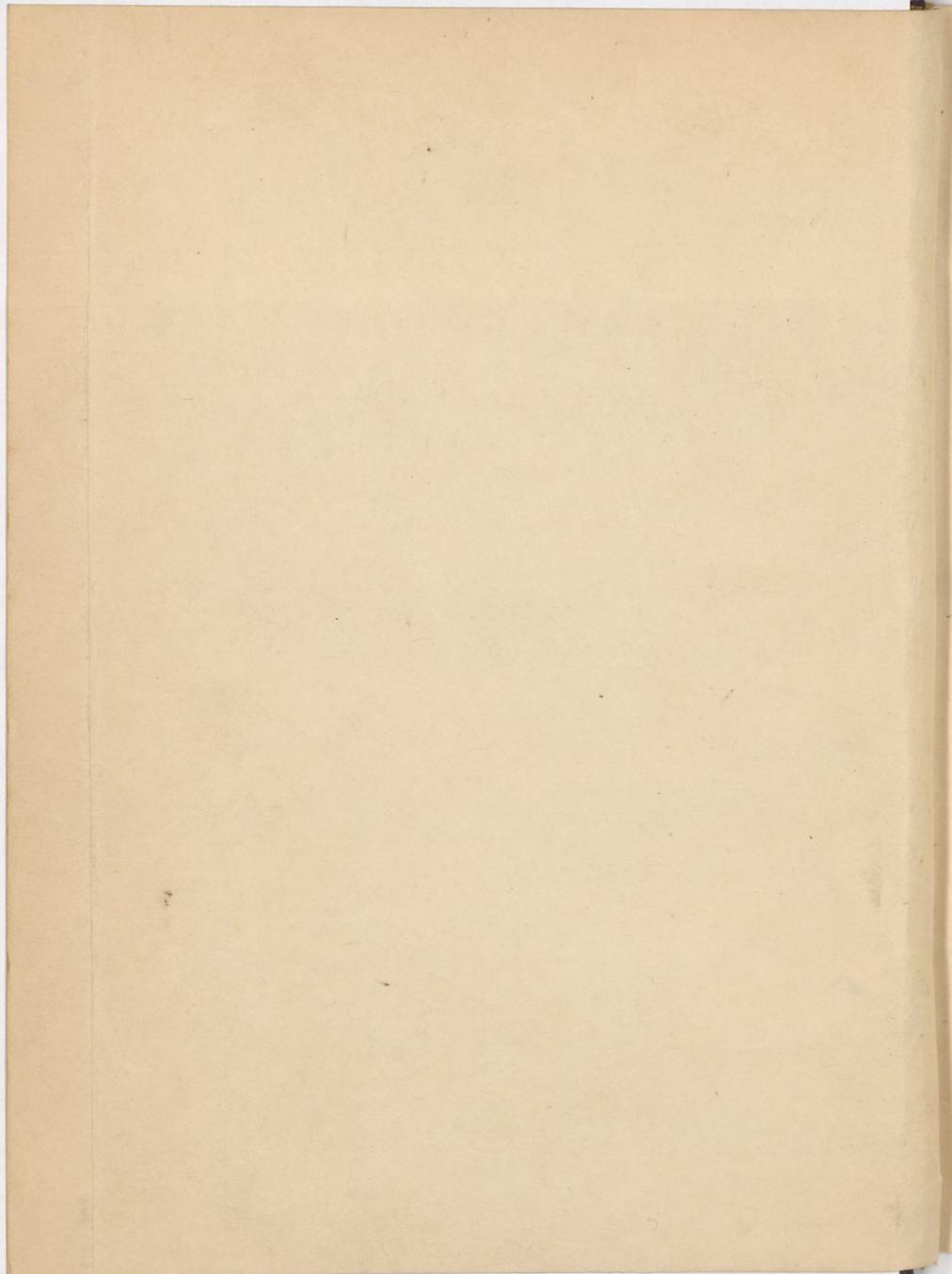
EL DIARIO DE MI VIDA

1907
338209

Exemplar para mi Reserva de

J. M.

Y que con muchísimo gusto
paso a mi caro Gabúel de
Iturrí, mi joven y bondadoso
amigo.
J. M.



ESTUDIOS MORALES

Ó SEA

EL DIARIO DE MI VIDA

POR

LUCIO V. MANSILLA

PARIS

ÉDITEUR G. RICHARD

7, Rue Cadet, 7

1896

ESTUDIOS MORALES

EL DIARIO DE MI VIDA



PARIS
EDITEUR G. RENOUARD

AU COMTE
ROBERT DE MONTESQUIOU-FEZENSAC

HOMMAGE

DE CONSIDÉRATION, D'AMITIÉ, DE SYMPATHIE

ET D'ADMIRATION

IN LIMBE

ROBERT DE MONTESQUIEU-FEZENSAC

BONNAE

IN COMMISSIONE D'ARTIS ET TYPICAE

DE BUCHERON

PRÉFACE

Il nous est arrivé plusieurs fois, au cours de cette saison, d'entendre le général Mansilla exprimer dans l'animation d'une réunion agréable quelques-unes des manières de voir dont je trouve ici l'expression concise, et tous les auditeurs toujours étaient émerveillés de la vérité, de la force vivante qu'il y a dans la philosophie de cet éminent causeur.

C'est que peu d'hommes ont plus expérimenté toutes les saveurs de la vie, celui-ci étant né d'ailleurs avec cette forte et constante jeunesse de l'esprit et du corps qui permet de multiplier les expériences, parce qu'on les supporte bien, et parce qu'elles aiment à se prodiguer à qui sait les saisir par les cheveux.

J'ai connu à Paris un écrivain qui s'est fait une honorable spécialité de publier des pensées. Il s'y est appliqué au point qu'il n'a jamais pris le temps de voyager, ni d'aimer, ni de vivre, ni

de regarder vivre. On se fait un plaisir de lui demander : « Quand pensez-vous ? » Et d'aplomb, il répond : « Deux heures le matin, deux heures l'après-midi, et souvent le soir quand je ne dîne pas en ville. »

Oui, il répond cela avec ingénuité. Mais chacun fait à son voisin remarquer que c'est une naïveté, car il est impossible de mettre dans des-petites phrases concises une expérience qu'on n'a pas. Et qu'est-ce qu'un penseur qui serait aveugle, sourd, cul-de-jatte et misogyne !

Le général Mansilla nous apporte la vérité qu'il est allé chercher sur des champs de bataille de toutes sortes, dans les déserts les plus graves, et dans les réunions les plus souriantes. Et il sait bien que c'est la vérité, aussi nous la donne-t-il de cette belle manière assurée qui est toujours son allure et qui ne permet pas à ses mots non plus qu'à sa personne de passer inaperçus.

Le même penseur de qui je parlais plus haut ne pouvait supporter qu'on parlât devant lui d'un écrivain qui venait de publier un recueil d'aphorismes : « Ce misérable ! disait-il, il m'a pris toutes mes pensées, seulement il les a retournées. » C'était vrai, et cela faisait tout de

même un beau volume de pensées, même elles étaient plus rares, plus ingénieuses, plus imprévues, comme des pyramides sur leurs pointes. Mais il ne serait pas supportable que quelqu'un essayât de ce procédé avec le recueil du général Mansilla, car c'est ici un abrégé essentiel de sa vie, et qui voudrait assumer le contraire d'une pareille existence : brillante, brave, glorieuse, estimée des artistes, des soldats et des femmes ?

MAURICE BARRÈS.

Paris, Août 1896.

ADVERTENCIA

Una parte de estos pensamientos tiene veintiocho años. Al retocar la redaccion para pulirla y darle una forma más concisa, encuentro que no debo cambiar el fondo. La observacion del mundo me confirma en lo dicho; y, hago acto de conciencia manifestando que puede ser que, á pesar mio, — mucho de lo dicho no sea directo sino reflejo.

PRÓLOGO

EL DIARIO DE MI VIDA (1)

Señor D. Mariano de Vedia.

Mi joven amigo :

Me ha pedido usted que le escriba un folletin.

Puedo hacerlo.

¿De qué tratará? ¿qué título tendrá?

Estudios morales.

¿En qué forma?

En la que á este género de producciones le han dado los moralistas antiguos y modernos, desde Publius Syrus hasta La Bruyère y La Rochefoucauld, para sólo citar éstos.

Ya le expliqué á usted, la otra noche, al festejar la inauguración de los nuevos lares de la *Tribuna Nacional*, poco más ó menos, el procedimiento que he seguido para llevar á cabo esta

(1) Carta publicada en la *Tribuna Nacional* ahora "*Tribuna*" del 12 de setiembre de 1881, de la que se suprime algo que no es pertinente.

pequeña labor, — la más difícil de toda mi vida.

Es el fruto sazonado y razonado de mi observación, de mi experiencia, — que ojalá sea provechosa para algunos!

Mi vida entera está en esos *Pensamientos*, contradictorios, muchos de ellos, si se quiere.

Pero, ¿acaso no somos una pura contradicción?

¿Quién puede decir: yo seguiré sintiendo y pensando, creyendo, dudando ó negando lo mismo que ahora, dentro de seis meses?

Era yo muy joven. Ganaba mi vida escribiendo en *el Paraná*. He de contarle alguna vez cómo el hambre me hizo escritor.

Había adquirido, durante mis viajes, que empezaron cuando sólo tenía 17 años, hábitos de orden, — herencia de mis padres, sobre todo de mi madre, lo que mas amo, pues, es tambien mí mas íntima amiga, la mas segura.

El público ha creído de mí, y cree, todo lo contrario.

Yo sé la reputación que tengo, — la que me ha hecho la leyenda.

Y, sin embargo, esos hábitos no solamente son adquiridos, sino que son heredados, como acabo de decirlo, principalmente de mi madre,

cuya casa y cuyas cosas son ejemplos de orden y de simetría.

Mi hermano, el único que tengo, dice : que la casa de mi madre es un buque inglés, y la mía un barco francés.

Pero, como Dios castiga sin palo ni piedra, y como todos nacemos originales y morimos copias generalmente, sin apercibirnos de ello, yo digo, — que su casa acabará por ser un *Leviathan* internacional.

Entre esos hábitos, enumeraré la costumbre de escribir un *Diario*, el más prolijo, detallado y minucioso que puede usted imaginar ; allí rezaba todo lo que yo había hecho, dicho, visto, oído, pensado y sospechado...

Lo llevaba siempre sobre mi pecho, como el enamorado las tiernas misivas de la mujer que le ama, ó de que él cree ser amado. Para los efectos del contento del corazón tanto da lo uno como lo otro.

Ya se imaginará usted que en aquel documento, numerado, fechado, que llegó á formar varios volúmenes, debía haber sapos y culebras. Ha sido mi existencia muy variada, muy difícil, complicadísima, — habiendo, sin embargo, que-

rido mi buena estrella que nunca me empantana en barro mefítico.

Pasáronme cosas asaz curiosas á propósito del tal *Diario*.

Llega al Paraná, de Buenos-Aires, Aquiles Tamberlik, — el hermano del célebre tenor, con una carta de mi hermana Eduarda, recomendándomelo en términos muy expresivos.

Me busca, me halla, le recibo cortésmente, y me le ofrezco.

Era aficionado á la *Paleontologia*, amigo íntimo del célebre naturalista Bravard, que quedó sepultado bajo las ruinas de Mendoza, y el cual se hallaba á la sazón en el Paraná, habitando una casa que quedaba en la plaza, haciendo cruz con la del Gobierno.

En cuanto se retiró, corrí á mi mesa de escribir, tomé el *Diario*, puse la fecha, la hora y agregué mis impresiones...

Trascurrieron los días, las semanas.

En el Paraná era muy difícil no verse á cada momento.

Nos veíamos, pues, con suma frecuencia.

Llegamos á adquirir esa familiaridad, que parece intimidad.

Tenía yo una quinta, y dada la ubicación del domicilio de Bravard, de mis ocupaciones y hasta de mi mismo estado, era casado, como lo soy ahora, (1) — soy un casado casi prehistórico, que no se acogerá, sin embargo, á la ley del divorcio, — iba con suma frecuencia á casa de Tamberlik.

Agregaré que el gabinete de Geología de Bravard llamaba mucho mi atención.

Á él le debo lo poco que sé de esta rama de la Historia Natural.

Se comprende, pues, que yo anduviera mucho por allí. Por otra parte, Bravard era un sabio poco hirsuto, con el cual uno podía estar *à son aise*.

Solía yo almorzar allí, muy mal, — sea dicho entre paréntesis. Pero para mí, antes como ahora, la comida tiene el gusto de la casa en que uno está.

Un día departíamos con Aquiles, después de almorzar.

Sobre la gran mesa de pino rústica, en la que

(1) En prensa este libro el autor recibe la nueva fatal de la muerte de su esposa.

Bravard amontonaba destrozado, lo animado y lo inanimado, descubrí un libro que tenía esta carátula : « Journal ».

Lo señalé con el índice, diciéndole á Aquiles con un gesto elocuente :

— ¿ Tu *Diario*, no ?

— Sí.

— ¿ Y tú, llevas también un *Diario*? (Ya nos tuteábamos).

— Sí, como tú.

— Y ¿ qué dices de mí, en tu *Diario*? porque algo has de haber escrito ya en él...

— Eeh! Eeh! (llevé la mano á la cabeza, haciendo con ella eso que todos hacemos, cuando, rascándola, le pedimos algo, como una respuesta).

— De todo...

— Hombre! ¡qué coincidencia! lo mismo yo. A ver, muéstrame.

Y esto diciendo, me eché sobre el libro.

— Ah! eso no, — díjome Aquiles, impidiéndome que lo tomara.

— Bueno! le dije : hagamos un trato : yo vendré mañana con mi *Diario*, marcaré con tiritas de papel las páginas en que hablo de ti; tú

harás lo mismo, y canjearemos nuestros respectivos documentos.

Así lo hicimos, en efecto, y tuvo lugar esta escena.

El leía, yo también, en la primera página marcada, mirándonos á hurtadillas uno al otro. Los dos teníamos la misma cara. No era agradable lo escrito. ¿Para qué decirlo?

Seguimos leyendo y mirándonos del mismo modo. Concluimos, nos levantamos y nos echamos en brazos el uno del otro, estrechándonos afectuosamente, riéndonos con esa explosión espontánea, que es la muestra más inequívoca de sinceridad.

Los dos nos habíamos equivocado.

De ahí, y desde entonces, mi teoría sobre las impresiones: no creo en la primera; necesito comparar para juzgar.

Este Aquiles Tamberlik, hombre mundano, y esto no obstante, hermano lego de la Compañía de Jesús, era un tipo delicioso. Yo podría escribir sobre él cientos de páginas interesantísimas, y filosofar mucho sobre la influencia que ciertos desconocidos, aves de paso, ejercen aquí

y en todas partes, sin que ni los más linceos sospechen que ellos son un resorte, una fuerza.

Prosigo, de eso no se trata ahora.

Volvamos á mi *Diario*.

Pero antes, porque se me quedaba en el tintero y no me gusta borrar, por más que Byron diga que el que no sabe borrar no sabe escribir, — describamos á Aquiles Tamberlik (1).

Era un hombre de talla mediana, bien proporcionado, moreno; tenía los ojos negros, cierta languidez en el rostro, la calvicie le habia invadido prematuramente, vagaba siempre en sus labios una sonrisa suave, vestía bien, tenía cultura, era instruído, — era Diego G. de la Fuente más alto, por la cara, para compararlo á alguien. Amaba la sociedad, no quería á las mujeres. Por todo lo que en él descubrí era, más que un hombre, un hermafrodita sentimental.

Supongo que me perdonará V. la digresión, el no haber borrado : Alejandro Dumas no borraba; borraba poco, al menos, así como yo, como V. ve. ¿Ó mis originales no son limpios ?

(1) Para decir toda la verdad, es necesario que diga que habitualmente dicto.

Bueno, adelante.

Un día :

« ¿ Por qué volvéis á la memoria mía
Tristes recuerdos del placer perdido
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido ? »

yendo por la calle, me apercibo de que no tenía en el bolsillo mi *Diario*.

Imposible decir, en lengua humana, lo que experimenté en aquel momento; en dos palabras, lo había perdido. Fuí, vine, averigüé, busqué, no dormí, no comí, pasé las penas del Purgatorio.

Todo fué inútil, pagué la pena de mi pecado: porque hay cosas que ni ebrio debe un hombre discreto confiar al papel.

Me vi envuelto en una serie interminable de conflictos, de dificultades, de malos ratos, — que, ligándose como se ligan los efectos á las causas, todavía implican contrariedades en el camino de mi destino.

Renuncié entonces á mi monomanía de contarme á mí mismo lo que solamente debía tener archivado en las gabetas reservadas de la memoria.

Pero, somos animales insistentes y persistentes; la humana *récua* ha de aprender en cabeza

propia. Y será inútil que el padre predique; el hijo seguirá pensando que éste sabe menos que él, y la ley del progreso indefinido será como un círculo concéntrico cuyo centro no se podrá jamás delinear.

¿Por qué?

Porque un punto no es susceptible de lineamientos.

Renuncié á mi monomanía de escribir un *Diario*, he dicho. Pero no renuncié á escribir. Me limité á cambiar el método; hice esto:

Todos los días, todas las semanas, todos los meses, de cuando en cuando, pasaba revista, — lo mismo que ahora, — de los hombres, de las mujeres, de las cosas, de los acontecimientos, de lo bueno, de lo malo, en que yo había sido actor ó espectador, protagonista ó *adlátere*, — y *fecho*, me concentraba, miraba dentro de mí mismo, filosofaba y acababa por darle forma sintética á mi impresión definitiva.

Ahí tiene V. el origen de mis *Estudios morales*, de mis *Pensamientos*; cada uno de ellos representa, figuradamente, una serie de fenómenos, cuyo determinismo es para mí concluyente.

Sobre cada uno de esos *Pensamientos* tengo

esbozados ya algunos volúmenes, con las pruebas auténticas, ó con las del juicio inductivo.

Demostraría y probaría, verbigracia, que, cuando yo abro mi libro de *Memorias*, de ahora, — éste lo llevo por orden alfabético, — en la página indicada por la letra M, por ejemplo, y leo *Mujer*, y en seguida ésto sobre ella: «La mujer no piensa seguido veinticuatro horas sino en lo que la fastidia», afirmo una verdad moral, para mí tan inconcusa, como que el continente es mayor que el contenido.

Ahora no tiene V., desde que está en autos, más que esperar mis originales.

Pero; ¿cómo concluir sin decirle que V. me interesa por dos circunstancias: su apellido (1) y su juventud?

Yo amo á la juventud. Creo en ella. Porque la juventud es la sinceridad hasta en el error, y porque creo en la grandeza y prosperidad futuras de nuestra patria amada. Así, à *reculons*, como dicen los franceses, andamos...

Suyo cordialmente,

LUCIO V. MANSILLA.

(1) Mi padre me habló siempre con aprecio de uno de los antecesores de V.